

RENÉ RIESEL - JAIME SEMPRUN

Catastrofismo,
administración del desastre
y sumisión sostenible

Traducción de EMILIO AYLLÓN RULL
y JAVIER RODRÍGUEZ HIDALGO

ÍNDICE

Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible	5
---------------------------------------------------------------------------	---

ANEXO

El fantasma de la teoría	93
I. La figura en la alfombra	97
II. Los papeles de Aspern	108
III. La bestia en la jungla	116

Notas sobre el <i>Manifiesto contra el trabajo</i> del grupo Krisis	123
------------------------------------------------------------------------------	-----

Aun cuando la libertad estuviera enteramente perdida y totalmente fuera del mundo, ellos la imaginan y la sienten en su espíritu y la saborean aún, y la servidumbre no es digna de su aprecio, por bien que se la adorne.

Étienne de La Boétie,
Discurso de la servidumbre voluntaria

PRECISIONES LIMINARES

LA EXTINCIÓN FINAL a la que nos arrastra la perpetuación de la sociedad industrial se ha convertido en muy pocos años en nuestro futuro oficial. Ya sea que se analice desde el punto de vista de la escasez de energía, de los desórdenes climáticos, de la demografía, de los movimientos de poblaciones, del envenenamiento o la esterilización del medio, de la artificialización de los seres vivos, desde todos ellos a la vez o desde alguno más, pues las categorías del catastrofismo no escasean, la realidad del desastre en curso o, al menos, de los riesgos y peligros que comporta el curso de las cosas no se admite ya únicamente de mala gana; a partir de ahora las propagandas estatal y mediática la detallan de manera permanente. En cuanto a nosotros, que muy a menudo hemos sido acusados de complacencia apocalíptica por habernos tomado en serio estos fenómenos o tildados de «nostálgicos» por haber señalado la imposibilidad de escoger entre las realizaciones y promesas de la sociedad industrial de masas, advertimos desde ahora mismo de que aquí no pretendemos añadir nada a los espantosos cuadros de una crisis ecológica total que esbozan desde los más variados ángulos un sinfín de documentados expertos, en un sinfín de informes, artículos, programas de televisión, películas y libros cuyas cifras actualizan diligentemente las agencias gubernamentales o internacionales y

las ONG competentes. Estas elocuentes advertencias, cuando llegan al capítulo de las respuestas que habría que dar ante tan apremiantes amenazas, se dirigen en general a «la humanidad» para exhortarla a «cambiar radicalmente sus aspiraciones y su modo de vida» antes de que sea demasiado tarde. Nótese que estas conminaciones en realidad van dirigidas, si se quiere traducir correctamente su *pathos* moralizante a un lenguaje un poco menos etéreo, a los dirigentes de los Estados, a las instituciones internacionales o incluso a un hipotético «gobierno mundial» que impondrían las circunstancias. Pues la sociedad de masas (es decir, aquellos a quienes esta ha formado íntegramente, sean cuales sean sus ilusiones al respecto) jamás plantea los problemas que pretende «gestionar» si no es en los términos que hacen de su perpetuación una condición *sine qua non*. No le cabe, pues, en el curso de este hundimiento, más que tratar de aplazar tanto como sea posible la dislocación del cúmulo de desesperaciones y locuras en que se ha convertido; y no concibe otra manera de lograrlo, se diga lo que se diga, que reforzando todas las coerciones y sometiendo más profundamente a los individuos a la colectividad. Ese es el verdadero sentido de todos esos llamamientos a una «humanidad» abstracta, viejo disfraz del ídolo social, si bien quienes los lanzan, respaldados por su experiencia en la universidad, la industria o la gestión (que son, como se celebra por doquier, la misma cosa), están movidos en su mayoría por ambiciones menos elevadas y lo único que desean es que los pongan al frente de instituciones *ad hoc*; mientras que partes significativas de las poblaciones se descubren perfectamente dispuestas a consagrarse de manera voluntaria al trabajo sucio de la descontaminación o de la segurización de personas y bienes.

No esperamos nada de una supuesta «voluntad general» (que quienes invocan suponen buena, o susceptible de volver a serlo a poco que se le regañe con la suficiente severidad para que corrija sus reprobables inclinaciones), ni de una «conciencia colectiva

I

EN UNOS POCOS AÑOS, el paralelismo entre el colapso del medio vital que tuvo lugar en Isla de Pascua y el que está ocurriendo a escala planetaria se ha impuesto como un perfecto resumen de nuestra condición histórica. El agotamiento de aquel ecosistema insular se habría debido, en efecto, a la insensata prosecución de un productivismo específico: se trataba en aquel caso de la erección de las siniestras estatuas que todo el mundo conoce, símbolos de una desolación que su propia factura presagiaba; exactamente igual que la estética monumental de las megalópolis de hoy. Popularizada por Jared Diamond, esta imagen de nuestro planeta dando vueltas en el espacio infinito, y tan privado de recursos en su desastre como la Isla de Pascua perdida en medio del Pacífico, pronto nos la íbamos a encontrar hasta en la propaganda de Électricité de France sobre las «energías del mañana», entre las cuales por supuesto hay que contar la nuclear; la cual, redimida por el trastorno climático, nos será tan útil para hacer funcionar, por ejemplo, las ya indispensables desaladoras de agua de mar; o incluso para producir mediante electrólisis el hidrógeno que sustituirá ventajosamente al petróleo como carburante de la alienación motorizada.

Se acabó, pues, el misterio de Isla de Pascua, pero es sobre todo el futuro mismo de la sociedad mundial el que carece de misterio, completamente descifrable por el conocimiento científico: ese es el verdadero mensaje que emite la propaganda. El conocimiento a partir de ahora exhaustivo de la catástrofe que azotó a unos primitivos absolutamente desprovistos de cualquier noción

de un ecosistema que preservar garantiza el de nuestra propia catástrofe en marcha. Todo tipo de expertos bien documentados y poco propensos a la alucinación paranoide nos informan así con autoridad de que «los viejos terrores milenaristas» tienen ahora, «por vez primera, un fundamento racional» (André Lebeau, *L'Engrenage de la technique. Essai sur une menace planétaire*, 2005).

II

LA TESIS ANDERSIANA DEL «laboratorio-mundo», según la cual con las primeras pruebas nucleares el «laboratorio» se había vuelto co-extensivo al globo, se ve recuperada positivamente, sin rebelión ni intención crítica alguna: como chata constatación de nuestro encierro en el *protocolo experimental* de la sociedad industrial. Hubo historia, ya solo hay una gestión racional de los «recursos». Convenientemente modelizado, con todos los parámetros exigidos, el devenir histórico se reduce a un resultado calculable, y ello, maravillosa coincidencia, precisamente en el momento en que los expertos disponen de una potencia de cálculo inigualada y siempre creciente. La suerte de la humanidad está por lo tanto científicamente sellada: ya no le queda sino *optimizar el mantenimiento* de su frágil biotopo terrestre. Ese era el programa de la ecología científica y se está convirtiendo en el de todos los Estados.

III

YA MUSIL HABÍA OBSERVADO que, en «la especial predilección que el pensamiento científico siente por las definiciones mecánicas, estadísticas, materiales, por las fórmulas desconectadas del corazón», se ponía de manifiesto, con la excusa del amor a la verdad, «un gusto por la desilusión, por la coacción, por la inexorabilidad, por la frialdad de la amenaza y por la sequedad de la reprensión». Y Adorno señalaba un poco más tarde, a propósito de «la actividad científica, cuya intención es sojuzgar también los restos que como ruinas indefensas quedan del mundo», que en ella la energía intelectual ciertamente se desplegaba de manera prodigiosa, pero solo en determinadas direcciones socialmente controladas: «La estupidez colectiva de los técnicos investigadores no es simplemente ausencia o regresión de sus capacidades intelectuales, sino una tumefacción en la propia capacidad de pensar que la corroe usando de su propia fuerza. El mal del masoquismo en los jóvenes intelectuales deriva del carácter maligno de su enfermedad».

En todos los discursos del catastrofismo científico se percibe nítidamente una misma delectación a la hora de detallarnos las imposiciones *implacables* que pesan a partir de ahora sobre nuestra supervivencia. Los técnicos de la *administración de las cosas* hacen cola para anunciar con aire triunfal la mala nueva, esa que vuelve por fin superflua cualquier disputa sobre el *gobierno de los hombres*. El catastrofismo de Estado no es sino una abierta e incansable propaganda en pro de la supervivencia planificada; es decir, de una versión más autoritariamente administrada de lo que existe. En el fondo, después de tantas evaluaciones de datos y estimaciones de plazos, sus expertos tienen una sola cosa que decir: que la inmensidad de lo que está en juego (de los «desafíos») y la urgencia de las medidas que habrá que adoptar vuelven vana la idea de que

podría aligerarse siquiera el peso de las imposiciones sociales, que tan *naturales* se han vuelto.

Siempre se puede contar con los viejos izquierdistas, los más rencorosos cuando se trata de denigrar las aspiraciones revolucionarias de hace cuarenta años. So capa de renegar de sus antiguas creencias, siguen medrando mientras espetan, con el mismo ardor que ponían en salmodiar las consignas de sus grupúsculos, los nuevos eslóganes de la sumisión: «La época no incita a inventar una nueva utopía providencial para hacer del mundo un lugar mejor. Obliga solamente a plegarse a los imperativos de lo vivo para que el planeta siga siendo viable» (Jean-Paul Besset, *Comment ne plus être progressiste... sans devenir réactionnaire*, 2005). Los imperativos de lo vivo bien merecen, en efecto, el sentido de la historia para justificar «la dictadura de los más sabios, o de quienes sean considerados como tales»; y sin duda se da muestra de cierto realismo al esperar del estado de excepción ecológico, antes que de una revolución, la instauración de un colectivismo burocrático esta vez eficaz.

En estos llamamientos a plegarse a los «imperativos de lo vivo», la libertad es sistemáticamente calumniada bajo la figura del consumidor irresponsable, cuyo individualismo impenitente, *estimulado* por el hedonismo sesentayochista, ha devastado el planeta, como todo el mundo sabe, con plena autonomía. Frente a la amenaza —en particular de la «crisis climática», que los promotores del catastrofismo gustan de comparar con «la sombra del fascismo que se extendió en los años treinta sobre Europa»—, no habría más alternativa que la sumisión *arrepentida* a las nuevas directrices del colectivismo ecológico o el puro nihilismo; quienquiera que se niegue a *responsabilizarse*, a participar con ahínco en esta gestión ciudadana de la basura planetaria, demuestra de este modo tener el *perfil* del terrorista en potencia.

IV

DESPUÉS DE HABER SIDO acusados tantas veces de derrotismo, y justamente y sobre todo de catastrofismo, tal vez sorprenda vernos ahora, cuando la catástrofe es como el tráiler, proyectado en bucle en todas las pantallas, del tiempo venidero, declararnos hostiles a lo que a pesar de todo podría pasar por una toma de conciencia, o al menos por un principio de lucidez. Pero será un error, pues será engañarse por partida doble: sobre lo que hemos dicho anteriormente y sobre lo que dicen esos expertos que se han vuelto tan alarmistas. No hablábamos de la misma catástrofe,* y la catástrofe total de la que ellos hablan no es más que un fragmento de la realidad.

* «La catástrofe histórica más profunda y más real, la que en última instancia determina la importancia de todas las demás, reside en la persistente ceguera de la inmensa mayoría, en la dimisión de toda voluntad de actuar sobre las causas de tantos sufrimientos, en la incapacidad de considerarlas siquiera lúcidamente. Esta apatía va a resquebrajarse, en el curso de los próximos años, de manera cada vez más violenta por el hundimiento de cualquier supervivencia garantizada. Y quienes la representan y la alimentan, cultivando un precario *statu quo* de ilusiones tranquilizantes, serán barridos. La emergencia se impondrá a todos y la dominación tendrá que hablar por lo menos tan *alto* y tan *claro* como los propios hechos. Con tanta mayor facilidad adoptará el tono terrorista que le conviene cuanto que estará justificada por realidades efectivamente aterradoras. Un hombre aquejado de gangrena no está en la mejor disposición para discutir las causas de su mal, ni para oponerse al autoritarismo de la amputación» (*Encyclopédie des Nuisances*, n.º 13, julio de 1988).

ANEXO

ESTOS DOS TEXTOS APARECIERON en el número 4 de la revista *Nouvelles de nulle part* (septiembre de 2003). Hay que señalar que motivaron respectivamente una carta de Anselm Jappe, publicada junto con mi respuesta en el número siguiente de la misma revista, y una puesta a punto de Norbert Trenkle, en nombre del grupo Krisis, titulada «Réplique aux critiques du *Manifeste contre le travail*» (*Krisis*, n.º 28, septiembre de 2004). Jaime Semprun.*

* Una primera versión de esta traducción se publicó en el n.º 4, noviembre de 2007, de la revista bilbaina *Resquicios (N. de e.)*.

JAIME SEMPRUN

El fantasma de la teoría

QUISIERA EXPONER AQUÍ LAS razones por las cuales diversos ensayos recientes de «teoría radical» me parecen tener algo de irreal, de hueco, e incluso de *fantasmal*, en el sentido de que echo en falta en ellos lo que eran la carne y la sangre, o el nervio, si se prefiere; en resumen, la vida de las teorías revolucionarias de la sociedad. Ello me llevará evidentemente a decir algo de lo que es, o más bien lo que era, la teoría revolucionaria, en la época en que existía tal cosa; y por qué creo que ya no sucede así.

Pero antes tengo que considerar dos objeciones susceptibles de pasarle por la cabeza al lector. La primera es que los textos que he tomado como ejemplo son demasiado disímiles, tanto por su contenido como por su tono, por no hablar de su calidad, para poder ilustrar ninguna consideración sobre «la teoría». Responderé que precisamente esta innegable diversidad permite darse cuenta mucho mejor de hasta qué punto la ambición teórica que les es común constituye un escollo para encarar lúcidamente algunos de los aspectos principales de la realidad presente (lo que no obstante debería ser la función de una teoría crítica de la sociedad).

La segunda objeción posible es que al tachar así de irrealidad, o incluso de artificiosidad, unos ensayos de teoría que representan más bien la flor y nata de este género, me presto a una especie de alegato *pro domo*, con toda la mala fe que ello puede implicar, pues-

to que hace ya algunos años* sostuve que la imagen de un cadáver en descomposición bastaba para hacerse una buena idea de una sociedad cuyas variadas y cambiantes corrupciones, «mezclando y desfigurándolo todo», hacen que nos resulte tan penosamente ilegible; y añadía que, en efecto, ya no era el momento de analizar en detalle el funcionamiento de algo que básicamente no funciona: «No es plausible la anatomía de una carroña cuando el estado de putrefacción difumina sus contornos y confunde sus órganos».**

Estoy de acuerdo en que estos enunciados eran un poco aventurados, y desde luego para mí no se trataba de predicar, frente a un caos planetario que literalmente desafía toda descripción, la resignación ante lo incomprensible (ni la fe a lo Michel Bounan en una «ley universal» de lo vivo que arreglará como por arte de magia todos los problemas del colapso de la sociedad de mercado sin que tengamos el disgusto de tener que afrontarlos con plena conciencia). Sin embargo, insisto en creer que la lucidez crítica que nuestra situación actual exige no tiene mucho que ver con esa es-

* En *El abismo se repuebla* [1997], trad. de Tomás González López y Miguel Amorós, Pepitas, 2016. [Si no se especifica lo contrario, las notas son del autor].

** Tres años después, Michel Bounan imitó la misma metáfora, modificándola para ilustrar cómo, según él, «tras una apariencia de descomposición, comienza a brotar una vida nueva y a difundirse gracias al trabajo ardiente de los gusanos». Según el autor de *Sans valeur marchande*, esta vida nueva ciertamente empieza a pulular «con un aspecto horrible al principio», pero no hay que angustiarse por ello, pues «tendremos el placer seguro de ver cómo surge, del monstruoso caos actual, “otra tierra y otro cielo”». Así como Marx decía que la teología era el «lado podrido» de la filosofía, puede decirse que el profetismo ha sido siempre el «lado podrido» de la teoría revolucionaria. Y eso es precisamente lo que queda de ella en Bounan. (Su profetismo, por lo demás, está calcado sobre todo del de René Guénon: *Kali-Yuga*, «signos de los tiempos» y toda la panoplia «tradicional».)

NOTAS SOBRE EL *MANIFIESTO CONTRA EL TRABAJO DEL GRUPO KRISIS**

Parece una concesión demasiado grande a la modernización tecnológica decir que ha hecho «superfluo» el trabajo. Sin entrar a abordar siquiera el juicio cualitativo de las facilidades tecnológicas (¿qué hace *perder* la «liberación» por las máquinas?), ya es muy dudoso cuantitativamente que la modernización suprima trabajo y que haga su mantenimiento cada vez más artificial (tesis central del *Manifiesto*).

En efecto, sin hablar de los «puestos de trabajo» creados directamente por la innovación tecnológica (¡y qué trabajo!), lo que hay que considerar son todas las actividades asalariadas que ese mismo proceso hace socialmente necesarias (al mismo tiempo que suprime otras): el encuadramiento psicosocial de las «muchedumbres solitarias», el control policial del «salvajismo», la industria de la «salud» (sector en expansión donde los haya), la del entretenimiento y de las compensaciones «culturales» por la desertificación de la vida, por no decir nada de todo lo que concierne a la «reparación», el bricolaje técnico de una neonaturaleza. Ciertamente que todo ese «trabajo» solo es necesario en el interior de la sociedad de la alienación, en el marco de su lógica demente, etc., pero su necesidad no es menos horriblemente real en el interior de estas condiciones; es algo así como un cáncer: saber que es producto (en la mayoría de los casos) de las condiciones de vida *no cura*: queda la necesidad de recurrir (con mayor o menor prudencia, ese es otro problema) a la medicina existente. Del mismo modo, saber que la calamidad económica es la materia prima, inagotable,

* Las citas de Anselm Jappe [integrante a la sazón del grupo Krisis] proceden de un texto que invitaba a una reunión, a principios de 2003, en torno al libro de Krisis en el marco de la cooperativa Longo Maï de Forcalquier. (*N. del t.*)

de todas las «bondades», «facilidades» o «remedios» producidos por la economía de mercado no impide que esa calamidad sea un sistema de imposiciones materiales al que nadie escapa. (Se pueden rechazar, por dignidad, por asco, etc., las compensaciones y sucedáneos diversos, pero no se pueden rechazar las privaciones que los hacen necesarios e incluso deseables para la mayoría de la gente; cf. Günther Anders acerca de la televisión).*

Hablar en estas condiciones de «conquista de los medios de producción mediante asociaciones libres» (pág. 63) equivale a una retórica ritual. ¿Medios de producción? ¿Producción de *qué*? De más calamidad económica (de dependencia, de aislamiento, de patología social), es decir, de aquello de lo cual las «asociaciones libres» tendrían, como primer programa, que salir. Tomemos el ejemplo de una necesidad elemental como la de habitar una morada, tener un techo. La forma en que «satisface» esta necesidad la sociedad industrial ya la conocemos: es la vivienda masificada, las grandes urbanizaciones, la celda del *Existenzminimum*. Unas «asociaciones libres» que luchan para transformar todo esto heredarían un «medio de producción» (la industria de la construcción y de las obras públicas) que no puede servir sino para construir precisamente la misma cosa, con algunas variantes (podrían, en rigor, «dar vida a las fachadas» y pintarrapear el hormigón; pero eso ya se ha hecho). Y este ejemplo todavía es relativamente benigno frente a otros, como la agricultura industrial o la producción nuclear de electricidad, para ilustrar la alargada sombra que la alienación actual proyecta sobre cualquier futuro imaginable.

* «Hagamos o dejemos de hacer, vivimos ya en una humanidad, para la que ya no vale el “mundo” y la experiencia del mundo, sino solo el fantasma del mundo y el consumo de fantasmas: sobre eso, nuestra “huelga privada”, nuestra abstención no cambia nada: esta humanidad es ya el mundo que nos rodea, con el que tenemos que contar y no es posible hacer huelga contra él» (*La obsolescencia del hombre* [1956], Pre-Textos, 2011, pág. 19).